

El Baluarte

Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 273

Sevilla—Lunes 30 de Noviembre de 1903

AÑO XXVII

UNION REPUBLICANA

Esas eran las dos frases que ayer repetían, de boca en boca, todos los asistentes a la jira republicana: Unión sobre todo.

Como hacía bastante tiempo que los republicanos de Sevilla no se reunían en un acto fraternal, porque las divisiones y los antagonismos políticos lo impidieron, el día de ayer deberíamos señalarlo con piedra blanca en la historia del movimiento republicano de Sevilla.

El acto celebrado fué grandioso por su espontaneidad; fué solemne porque, contra viento y marea, con un día desapacible en sumo grado, que hacía imposible abandonar la ciudad, sin temor a la lluvia, al temporal violento que reinaba, Sevilla republicana fué a manifestarse, a contarse, a abrazarse fraternalmente, sin resquemores, sin rencillas, sin el menor acto que diera señal de disgusto ó desaprobación.

Se esperaba un acto pintoresco y grandioso, de gran relieve, porque nuestro pueblo, genial, alborozante, sumiso y noble, aunque no tiene esas costumbres de los grandes pueblos que en masas enormes se reúnen en el campo á merendar, celebrando esos acontecimientos políticos en que él toma una parte directa, no obstante, por su condición sumisa, por su carácter alegre, se presta de modo admirable á darle vida á esos cuadros campestres á que somos poco afectos, sin que podamos encontrar una explicación.

El hecho es que las autoridades de nuestro partido siempre estuvieron remisas para llevar á cabo una fiesta como la de ayer, temiendo, como nosotros, que el exceso de alegría pudiera perturbar inoportunamente el acto de confraternidad.

Afortunadamente, la opinión *está hecha*; la unión republicana de Sevilla no es ficticia, sino que tiene hondas raíces en todos los corazones, y ayer se demostró palmariamente, no á la luz del sol—que no quiso alegrar fiesta tan humana—sino en medio de un temporal horriblo y de una temperatura desapacible.

El tiempo nos hizo traición, pero el entusiasmo y los deseos de todos se sobrepusieron á las circunstancias, y dándose cuenta todos y cada uno de lo que debía de hacer, allá fuimos á abrazarnos en comunidad por espontáneo impulso, rindiendo acatamiento á las ideas republicanas.

Sabíamos que numerosas familias estaban preparadas para alegrar con su presencia el acto de los republicanos, y esperábamos una verdadera solemnidad.

Fuimos burlados: el día desapacible, el vendaval furioso, poniéndose al lado de la monarquía, nos privó del alborozo de ver reunido todo el pueblo republicano de Sevilla en una tan grande solemnidad.

Todo era comenzar, y ya hemos comenzado.

Haciéndonos eco de las grandes agrupaciones republicanas que asistieron en el día de ayer á la jira, solicitamos de las clases directoras del partido republicano que acuerde repetir el acto de ayer para celebrar la toma de posesión de los concejales del partido.

Y para demostrar que somos un pueblo culto que sabe rendir acatamiento á las leyes y ejercitar sus libertades con la mayor dignidad.

¡TRISTE PAPEL!

Triste papel el de los casi ministros y más triste el del presidente que gobierna con la benevolencia de otros, que preside ministros rebeldes, y que su papel queda

limitado á cobrar el sueldo hasta que á sus padrinos y protectores les convenga pagar la nómina.

No es solo la mayoría parlamentaria la que está divorciada, de la que en épocas pasadas y con situaciones serias ha sido su jefe natural el presidente del Consejo, ó se ha retirado precipitadamente desde el momento en que una disidencia tan pequeña como fué en sus comienzos la que acaudilló el Sr. Silvela, se separó de la hueste conservadora, divorciándose del gobierno y desconociendo la jefatura de su presidente, levantó bandera rebelde.

En el caso presente la mayoría, empero, ha desafiado al gobierno, aclamando como su jefe indiscutible al ministro de la Gobernación del anterior ministerio. Y dos senadores de la mayoría cerraron en la semana última contra el Sr. Villaverde en tonos tan fieros y tan violentos, como no ha empleado la extrema izquierda en combatir la gestión villaverdina.

Pero no era bastante la rebeldía de la mayoría. Pruebas de mayor relieve y de significación más grave esperaban al pacientísimo jefe del gobierno.

Era necesario que el descrédito llegara al último límite, y de eso se encargó el ministro de Marina, con una claridad y una serenidad admirables.

El Sr. Cobián desde el banco azul, discutiendo el presupuesto, afirmó la jefatura del Sr. Maura, proclamando como norma de su gestión ministerial aquello que el Sr. Maura y el Sr. Sánchez de Toca hicieron en el gobierno anterior, es decir, la organización de una escuadra rápidamente armada, y como de urgentísima y apremiante necesidad. Lo contrario de lo que sostenía y sostiene el Sr. Villaverde, quien, no obstante, guardó silencio, y aun aprobó las declaraciones de su compañero de ministerio.

Digan ahora los que hablan de consolidación y los que se empeñan en sostener que el gobierno tiene autoridad, si han visto vilipendio semejante, ni papel tan triste como el que representa el Sr. Villaverde á la cabeza del banco azul. De caridad le aprueban proyectos de ley, por conmisericordia de sus tutores pasan los presupuestos, y por benevolencia le han puesto en el duro trance de las crueles amarguras que, le cuesta darse el tono de primer ministro.

De otras confianzas no hablamos nosotros, porque estas ya sabemos como se dispensan y lo que duran.

Villaverde vive con su pepita ignominiosa.

A. A.

SOLUCION RADICAL

Si las minucias y cabileos de la política estrecha y personal que distingue á nuestros hombres públicos, en la coronada villa, les deja tiempo y luces suficientes para juzgar del movimiento de protesta levantado en todas las regiones de España contra el injusto y depresivo proyecto de conceder al Municipio madrileño dos millones de pesetas, con los recursos de las regiones y provincias, crearán en su manera egoísta de juzgar todos los problemas nacionales, que se trata de un acto de envidia, y tal vez de odio hacia la capitalidad del Estado.

Seguramente que interpretamos el común sentir de las gentes no cortesananas, si rechazamos de antemano la torpe acusación.

Nada nos importa, ni en nada nos perjudica, bajo muchos conceptos, el desarrollo de la mortífera ciudad del Manzanares; y hasta nos parece justo que sus habitantes, gobernantes y administradores se ocupen y preocupen de sus pesimas condiciones actuales, procurando europeizarla un poco, y arrebatándole,

en cuanto puedan, el aspecto musulmán que los siglos no han podido arrancarle todavía.

Así considerado el proyecto de dotar de mayores recursos municipales á Madrid, nada tendrá que oponer ningún espíritu sereno y justiciero.

Se dice que hay allí que resolver el problema obrero; bueno. Que es la metrópoli del reino; no puede negarse. La residencia del soberano; él lo quiere. Y por ende, la de todas las corporaciones centralistas que robustecen el poder del Estado, desgraciadamente para la vida autónoma de las provincias y regiones, ahogadas por el covachuelismo gubernamental de la administración y la política.

Pero, aun siendo eso cierto, si no como razón en todo, como hechos consumados, ¿caso no hay problemas obreros en las regiones, ni grandes ciudades sin necesidad del brillo de la Corte, ni administración y gobiernos regionales y provinciales ansiosos de ensanchar su esfera de acción para el mejoramiento de sus habitantes?

Admitida de buena fe la ambición de Madrid á mejorar su sanidad, su higiene, su urbanización, su ornato, su vida, en fin, ¿por qué la hemos de pagar los que no disfrutamos de ninguna de esas ventajas á que se aspira?

¿No tiene la capital de España mayor población, según se afirma repetidamente, que la que mas de las ciudades del Estado?

¿No tiene una propiedad urbana riquísima, y una industria próspera, y un comercio cada día más asombroso, según nos dicen las hojas madrileñas cuando les da la vena por hacer comparaciones despectivas?

Añádase á esto que allí se refugian los grandes y potentados aristócratas, y allí residen las entidades bancarias que más necesitan el jugo sabroso del gobierno.

Con tales elementos, parécenos poco que Madrid aspire á reforzar su presupuesto con sólo dos millones de pesetas. Si se decide, y debe decidir, á gravar su propiedad urbana, á solicitar de su industria y comercio el apoyo que les debe, á establecer arbitrios de capitación, que paguen sólo sus habitantes de derecho, para nada necesitará acudir al socorro del Estado, solicitando de las provincias un auxilio, por medio de una ley obligatoria, que era como pedir limosna el mendigo del insigne *Gil Blas de Santillana*.

¿No quiere imponer ese sacrificio á sus convecinos por creerlo impopular y más cómodo y lucrativo arrancarlo á los contribuyentes de Castilla la Vieja, astures, gallegos, vascos, aragoneses, catalanes, levantinos y andaluces?...

Pues de eso protestamos cuantos no hemos de disfrutar de las mejoras de la gran metrópoli madrileña, y esperamos en último trance una solución que á todos satisfaga.

El principal argumento de la sangría que quiere practicarse á la nación está en la necesidad de auxiliar á la clase proletaria madrileña, y en dotar á Madrid de condiciones de capitalidad propias de la institución monárquica y de la persona actual del soberano.

Perfectamente. Gran ocasión se presenta al Sr. Villaverde para levantarse en el Congreso cuando se discuta la ley de subvención tan contradicha, y manifestar poco más ó menos lo siguiente:

—Señores: Atento su majestad el rey á las quejas justificadas de todos sus súbditos, y deseoso de conciliar las aspiraciones racionales manifestadas en pró y en contra de la subvención solicitada para el municipio madrileño, me encarga con su real nombre comunicar al Parlamento, para que luego lo sepa el país, que ha resuelto renunciar á dos millones de pesetas de la lista civil, con destino á las necesi-

dades del Ayuntamiento de la villa y corte.

¡Qué triunfo para los monárquicos, qué satisfacción para el jefe del Estado, qué contento para los madrileños, que no se quedarían sin sus grandes vías, hospitales, jardines y demás ensueños que alientan implantar en breve!...

¡Y qué descanso para los contribuyentes, que no verían tan injusta y torpemente asaltados sus escualdidos bolsillos, en favor de medio millón de habitantes que bailan de orgullo y placer, en su regalada jaula, mientras los que no tenemos el honor de vivir en ella, somos bien infelices esclavos del trabajo, la economía y la honradez!

La jira republicana

El tiempo restó animación, pero no alegría, á la fiesta. Esta celebróse como se había anunciado, en las inmediaciones de las ventas enclavadas á ambas márgenes del río Guadaira. Los grupos de republicanos á pie, en coche, á caballo, en bicicleta, etc., comenzaron á llegar al sitio designado, próximamente á la una de la tarde.

Desde el río Guadaira, hasta un trecho avanzado de la carretera de Dos Hermanas, hallábase los grupos que merendaban alegremente. Muchos correligionarios llevaban colocados gorros fríos. También asistieron á la fiesta republicana bastantes mujeres, cosa digna de tenerse en cuenta, pues el tiempo se mostró, como en un principio decíamos, en extremo inclemente.

El jefe provincial del partido, señor Montes Sierra, encontrábase desde las primeras horas con un grupo de amigos y correligionarios, con los que almorzó en la venta llamada de Vega. Allí le saludamos y con nosotros numerosos correligionarios de los que acudían á la fiesta. Mostrábase satisfecho aunque lamentaba, como todos, que el tiempo hubiese restado animación á la jira, que hubiese resultado sin duda alguna brillante de haberla favorecido un día hermoso.

Los Centros municipales de distritos asistieron llevando estandartes y banderas; también llegó en un breack, conduciendo una hermosa bandera, un grupo de individuos de la Juventud Republicana. Todos eran recibidos con aplausos y vivas.

En uno de los lados de la carretera de Dos Hermanas hallábase merendando, en unión de un grupo de republicanos del barrio de San Bernardo, el concejal electo de aquel distrito.

También vimos entre los grupos al concejal obrero Manuel Arellano que, no repuesto de la enfermedad que le hizo estos días guardar cama, se había levantado para asistir á la jira.

A las tres de la tarde, próximamente, los grupos fuéronse replegando detrás de las ventas de Guadaira, en las proximidades del molino de nuestro querido amigo y correligionario, el jefe de los republicanos de Coria del Río, Fernando Asían; á la derecha de la llamada zua del Guadaira, y encaramados en unas alturas, varios individuos de la Juventud republicana, cuyos nombres no recordamos, pronunciaron fogosos discursos que fueron aplaudidísimos; también lo fué nuestro amigo el señor Vasseur, que habló á un grupo de correligionarios cerca del sitio en que se hallaban entrelazadas dos banderas francesas y españolas.

En una altura próxima al molino se improvisó la tribuna, que fué rodeada de banderas y estandartes. Habló primeramente el señor Montes Sierra, quien, en primer lugar, recomendó que continuase el orden como hasta allí, felicitándose de que, á pesar de las inclemencias del tiempo, los republicanos de Sevilla hubiesen acudido á la jira celebrada para festejar el último triunfo electoral.

Manifestó también que, dando una prueba de sensatez y de orden en el acto que se celebraba, los republicanos demostrarían

que si mañana apelasen á otros medios estaban asistidos por la razón.

El concejal obrero señor Muñoz Vale, usó después de la palabra.

Comenzó dando las gracias á todos los republicanos que le habían elegido concejal, manifestando luego que, como obrero que era desde niño, sólo al trabajo manual se había dedicado, rogando á los que le escuchaban tuvieran esto presente si no veían en su oratoria las manifestaciones de una vasta cultura literaria.

Se lamentó del estado de la educación en España y los pocos medios de que el obrero dispone para instruirse; se ocupó también del excesivo número de congregaciones religiosas que en el país existe, extendiéndose luego en consideraciones que fueron á veces interrumpidas por muestras de aprobación.

El doctor Sánchez Pizjuán, en elocuentes períodos, dice que es preciso destruir la ignorancia y el terror, los dos enemigos que ha tenido la humanidad para su desenvolvimiento y progreso.

Manifiesta que esa ignorancia y la cobardía de las multitudes eran las causas que habían dado vida al poder absoluto, el cual no tiene razón de ser en pueblos que tengan conciencia de sus derechos, en los cuales debe ser sustituido ese régimen arcaico por otro como el republicano, que sea encarnación de la Justicia, el Derecho y el Progreso.

Termina deseando que la gestión de los republicanos en el Ayuntamiento concluya con los moldes viejos y sea el principio de una era de progreso en la administración del pueblo.

El concejal obrero Manuel Arellano, habló á continuación.

Comenzó calificando con frase gráfica á los firmantes de los escritos que piden la nulidad de las actas alcanzadas en las últimas elecciones por cinco republicanos, entre los que se encuentra él.

Dice que, aunque ellos se opongan, los republicanos irán al Ayuntamiento á destruir todo lo tradicional é histórico.

Ensalza con pintorescos períodos el ideal republicano y al concluir es aclamado por los correligionarios.

El señor Guichot es saludado con ruidosos y entusiastas aplausos.

Saludó á los republicanos y se felicitó del acto.

Dijo que protestaba del hecho incalificable que se quería cometer con los concejales obreros, y que era necesario que el senador señor Ybarra, el diputado á Cortes señor Rodríguez de la Borbolla y el futuro alcalde señor Molero, manifestasen explícitamente qué opinión les merecían esas miserias y ruindades que se están poniendo en práctica para evitar que los concejales republicanos elegidos por la voluntad del pueblo de Sevilla se sienten en la sala capitular.

Habló de la gravísima responsabilidad que pesaba sobre esos políticos monárquicos si no aclaraban este asunto, que ha producido general indignación.

Manifiestó que si los concejales obreros no tomaban posesión de sus cargos, él tampoco lo haría, y se extendió en otras consideraciones en párrafos enérgicos y elocuentes.

Las palabras del señor Guichot produjeron gran efecto en el público; termina el orador diciendo que fuera de la corporación municipal estaba dispuesto á sostener una lucha enérgica porque triunfase la razón y la justicia de tal modo atropellada.

El señor Guichot fué muy aplaudido al terminar su discurso.

También habló el vicepresidente de la Juventud Republicana, D. Julio Lacasa.

Dijo que el espectáculo que dan los republicanos, congregándose en expansiva fiesta para celebrar el triunfo conseguido en las elecciones, era digno de admiración, y que si bien el tiempo no les favorece y el sol se esconde entre las nubes, esto no influye en nada para amornar la animación y el entusiasmo; y lo que es preciso—añade—es que el sol esplendente de la República no se eclipse nunca en el corazón de los buenos republicanos.

El Sr. Lacasa es muy aplaudido al terminar.

El Sr. Montes Sierra habló en último lugar. Felicitó á los republicanos por el hermoso acto que se estaba celebrando, en el que habían demostrado una vez más que se conducen con una corrección y un orden que ya quisieran los partidos monárquicos para los actos que ellos celebran.

Dijo que era una infamia lo que quería hacerse para desvirtuar el hermoso triunfo conseguido por los republicanos en las elecciones municipales, tratándose de evitar que vayan al Ayuntamiento los

representantes obreros por medio de subterfugios indignos.

Manifiestó que si no van á la Casa del pueblo los obreros y los demás concejales electos contra los cuales se han presentado reclamaciones, tampoco irán los demás; y si van, será para no descansar un momento en la tarea de revolucionar la administración municipal, derrumbando todo lo inútil y vicioso para conseguir una gestión que esté en consonancia con el progreso y con las necesidades del pueblo de Sevilla.

El Sr. Montes Sierra dice que aunque todos lo niegan, le consta que las reclamaciones presentadas son otra de la coalición conservadora-borbollista-católica. Sepan los autores de ello—añade—que si la Comisión provincial da un fallo adverso para los republicanos, éstos están dispuestos á exigir responsabilidades á cuantos sean causa de él, desde el más grande al más chico.

Se lamenta de que nadie se atreva á dar la cara presentándose como autor de las reclamaciones, lo cual impide que se le pueda contestar como merece.

Termina rogando á los correligionarios que en aquel momento, ó en la puerta de Jerez, si hasta allí quieren acompañarlo, se disuelvan pacíficamente. (Se oyen muchas voces diciendo que irán hasta la Puerta de Jerez).

Da varios vivas que son contestados con entusiasmo.

Los republicanos salieron de Guadaira en manifestación, yendo á la cabeza de ella el Sr. Montes Sierra, algunos individuos de la Junta municipal, los concejales electos y los representantes de la Juventud Republicana y de las Juntas de distritos con las banderas y estandartes.

Algunos grupos de republicanos rogaban á los correligionarios que iban en coche que se esperaran, lo cual hacían todos sin protestar.

El paso de la manifestación por el paseo fué muy ordenado.

Al llegar á la avenida del Parque, la manifestación se encontró con fuerzas de la guardia civil de caballería é infantería, mandadas por el capitán señor Viar.

Después de una breve parada siguieron los manifestantes hasta San Telmo, donde el señor Montes Sierra pidió á todos que se disolvieran pacíficamente y les dió gracias por la cordura y sensatez de que habían dado muestras.

Los republicanos, accediendo al ruego del jefe, entraron en la capital divididos en grupos.

El señor Salmerón, al tener noticia de la jira republicana, dirigió al señor Montes Sierra el siguiente telegrama:

“Montes Sierra, Sevilla.

Asóciome fiesta correligionarios fraternizando todas clases sociales enaltecen consagran triunfo electoral.

Concejales electos esclarecida representación Sevilla demostrarán cómo saben administrar republicanos.

Abrazales cordialmente, Salmerón.”

El señor Montes ha contestado en la siguiente forma:

“Celebrada jira gran entusiasmo correligionarios, agradecen su cariñoso telegrama y le felicitan.—Montes.”

¿TOS? Jarabe UTOR

EL GLOBO CAUTIVO

Eran las once de la noche y se iban á cerrar las puertas de la Exposición.

En varios pabellones atacaban las orquestas el *¡Dios salve á la reina!* sin el que no terminan jamás ninguna ceremonia inglesa.

Al dar la última vuelta por una de las galerías me encontré de pronto ante la verja circular de un globo cautivo.

Una línea de gas me permitía leer un anuncio fijado en la puerta principal, que decía:

«Gobierno de la Nueva Gales del Sur... Exposición Universal de Sydrex. Globo cautivo igual al modelo de la Exposición de París. ¡Sube á la altura de 400 metros!»

Me asaltó el deseo de tomar un billete, cuando la encargada del despacho me dijo:

—Dése usted prisa, caballero. Esta va á ser la última ascensión de la noche.

Le dí la media libra exigida por el precio del pasaje, entré en la pista, y á los pocos minutos me hallaba en la cesta del globo.

El enorme cable que debía sujetarnos á la tierra comenzó á desarrollarse rápidamente, á la voz de mando del capitán:

Era aquel mi debut aerostático, y, al subir á bordo del *Condor de los Andes*, no dejaba de experimentar una especie de terror involuntario, que al fin logré dominar á fuerza de reflexión.

Me puse á mirar hacia la tierra, de la que el globo se iba alejando con gran velocidad, y desde la altura á que nos hallábamos reconocí el parque de la Exposición, el palacio del gobernador lord Loftus y varias calles de la ciudad.

—¿Ve usted—me preguntó el capitán—los buques surtos en la bahía?

—Sí señor—le contesté.

—Yo también los veo—dijo una mujer joven, hermosa y elegante, en la que hasta entonces no había yo reparado.

Era la única persona que, á más del jefe, me acompañaba en mi expedición.

El globo sabía sin cesar.

¡Trescientos diez metros! exclamó sentenciosamente el capitán, indicándome el barómetro que estaba colgado junto á un fanal.

El viento soplaba con ímpetu y hacía oscilar el globo de una manera alarmante.

—No hay cuidado—dijo el capitán—el cable puede resistir una tracción de cien mil toneladas.

Confieso que tuve miedo y que la angustia me hizo afluir la sangre al corazón.

—¡Trescientos sesenta metros!—dijo el capitán.

Apenas hubo pronunciado estas palabras detúvose el globo un segundo, como si hubiese chocado con un cuerpo elástico é invisible, y después reanudó su viaje hacia el espacio, con tan extraordinaria violencia, que los tres viajeros caímos sobre los sacos de arena que había en la cesta.

—¿Qué significa esto? ¿Qué pasa?—preguntamos á un tiempo la joven y yo.

—¡Se ha roto el cable—dijo el capitán—y estamos en libertad!

—¿Y este globo—pregunté yo profundamente emocionado—es bastante resistente para que podamos llegar con seguridad á tierra?

—Sí, señor; no somos más que tres personas y esta hinchado para treinta, que es el término medio del pasaje. La única molestia consiste en que tendrán que pasar ustedes dos ó tres horas en mi compañía. Además hasta mañana no podrán regresar ustedes á Sydney.

—En ese caso—dije yo—me alegro de lo ocurrido, teniéndole á usted por piloto en un viaje tan accidentado como el nuestro. ¿No es verdad, señora?

—¡Señorita!—rectificó la joven.—¡Soy miss Arabella Lijiton!

El capitán nos manifestó en aquel momento que llevábamos suspendido á nuestros pies la casi totalidad del cable roto. Su peso estorbaba visiblemente la subida del *Condor de los Andes*, y podía temerse que á la bajada fuese causa de graves averías.

El capitán, que era hombre valeroso y resuelto, se armó de un cuchillo y salió al exterior de la cesta, sujetándose con una mano, mientras con la otra trataba de cortar el cable.

—Eo cuantos se haya desprendido la amarra, subiremos de un salto á dos...

La frase quedó sin terminar.

Al oír un grito espantoso, me volví á toda prisa y no ví ni al hombre ni al cable. En el supremo esfuerzo del capitán, uno y otro habían caído en el espacio.

Por encima de nosotros extendíase el abismo en medio de la noche.

No tuve tiempo de apiadarme del capitán. El globo, aligerado de peso, proseguía su fantástico viaje. Y yo, sin noción alguna de la navegación aérea, perdido en el espacio, me encontraba solo con una mujer desconocedora del peligro é incapaz de servirme para nada en aquel apurado trance.

Miss Arabella se asió de mi brazo y á los pocos minutos me soltó para inclinarse y arrojar fuera de la cesta un saco de arena.

Me apresuré á impedir que realizara semejante propósito, á fin de evitar que el globo apresurara su marcha ascendente.

Pero noté que estaba inerte y que había perdido el conocimiento.

Indudablemente, estábamos á unos cuatro mil metros de altura.

Nos faltaba oxígeno puro y experimentaba yo la sensación que se siente en las altas cumbres.

—¡Señorita!—grité, tratando de levantar á la joven; pero no pude, porque me faltaban fuerzas para ello. Me flaqueaban las piernas y se me desvanecía la cabeza.

Me arrastré hasta el barómetro y calculé que debíamos encontrarnos á la altura de seis mil metros. Casi no podía respirar, y, sin embargo, logré coger el fanal para examinar el interior de la cesta.

El frío era tan intenso, que comprendí que había llegado mi última hora.

Cerré los ojos y al abrirlos á los pocos instantes, noté que la luna iluminaba la noche.

De pronto ví que en un rincón de la cesta había un globo de seda atado á una correa, en cuya culierta se leía lo siguiente: «Oxígeno á setenta y cinco por ciento». ¡Aquello era nuestra salvación!

Acto continuo apliqué el globo á mis labios y después á los de miss Arabella, la cual volvió á la vida á los pocos instantes.

Repetimos la operación y no tardé en recobrar mi sangre fría habitual.

Miss Lijiton me ensordecía al gritar, con voz descompuesta por la emoción:

—¡Yo quiero bajar en seguida! ¡Yo quiero bajar!

—¡Yo también, señorita—le contesté—y de eso trato!

Sin pérdida de tiempo fui haciendo manobrar todas las cuerdas, esperando descubrir la que comunicaba con la válvula.

Y logré mi propósito, puesto que miss Arabella exclamó, loca de alegría:

—¡Estamos bajando! ¡Estamos bajando!

Y así era, en efecto, á juzgar por las oscilaciones de la cesta y el cambio de temperatura que se observaba.

—¡Es usted un grande hombre!—decía miss Arabella en el colmo del entusiasmo. ¡Es admirable lo que ha hecho usted por mí! ¡Habría sido horrible el pasar toda la noche con usted, sin que nadie nos hubiese presentado el uno al otro!

Y cuando al fin logramos echar el ancla en una viña de las inmediaciones de Tongaba, Arabella me estrechó entre sus brazos y me dijo:

—Puesto que debo á usted la vida, caballero, podemos dar por hecha nuestra presentación.

Después he visto muchas veces á miss Arabella, la cual no me ha perdonado jamás el haber aplicado á sus labios el globo de oxígeno, sobre el cual se habían poado antes los míos.

JUAN DARGÈNE.

Últimos telegramas

En el teatro Barbieri verificóse el mitin de los ferroviarios.

Acordaron que salga una comisión encargada de denunciar deficiencias de las vías.

En el caso de despedir á algún obrero la huelga será inmediata.

San Sebastián: Reina fuerte temporal, causando grandes destrozos.

En Barcelona un joven limpiabotas subió á casa de unos conocidos y pretendió arrojar por el balcón á una niña de tres años.

La madre arrancóselo. El crininal cogió un niño de ocho meses y lo rrojó á la calle, estrellándose la criatura.

La madre intentó huir del criminal, que, cuchillo en mano, la alcanzó en la escalera é intentó arrojarla por el hueco. A los gritos acudieron cuatro soldados que detuvieron, después de gran lucha, al criminal.

Este resultó herido de un machetazo en la cabeza.

Los soldados sufrieron lesiones. Desconócense las causas del suceso.

San Sebastián: Sigue el temporal.

Las olas arrebataron al cocinero del vapor *Mamelena*.

Un tablón hirió á un tripulante.

Ha habido desprendimiento de tierras, interceptando las carreteras.

Descarriló un tren, sin desgracias. Cerca de Bayona naufragó la goleta *Echaireng*, pereciendo los tripulantes.

En reunión de los liberales celebrada en casa de Armijo acordóse oponerse á la sesión permanente hasta los seis días antes del plazo legal de la aprobación de los presupuestos.

Barcelona: En el Circo estrenóse el drama *La Corte*, que combate al socialismo y al anarquismo.

El público dividióse, promoviéndose lucha á bastonazos.

Varios contusos.

En la Española se verificó la recepción de Maura, que estuvo concurridísima y brillante.

Las discursos de Maura y Silvela han sido notables.

A primera hora el Congreso estuvo desanimado por asistir á dicha recepción casi toda la mayoría.